UNA AMISTAD EPICO-LIRICA CANCELADA

Escribe: MIGUEL AGUILERA

En el estudio caracterológico de los grandes hombres no puede descartarse la vanidad. Menos aún cuando la grandeza de ellos se ha construído sobre bases de heroísmo, valor, intrepidez y audacia. Aun los que la han conquistado sobre los escabrosos y empinados riscos del pensamiento o del análisis filosófico tienen derecho a experimentar el orgullo de haber ganado una victoria sobre la fuerza oculta de los enigmas, contra la alianza de las incógnitas milenarias, y en ocasiones contra lo que se ofrecía a la inteligencia humana como misterio indescifrable.

En forma episódica, y por tanto muy superficial, voy a referirme al lance engreído que causó la parálisis del afecto apasionado que el inmenso poeta hispanoamericano sentía por el Libertador Bolívar.

No sé si se pasa de listo quien sorprende al Héroe acercando un pomo de lisonja perfumada a la nariz del poeta José Joaquín de Olmedo. Ocurría esto en junio de 1826. Mientras el Libertador se entregaba en Lima a la voluptuosidad de repasar su célebre proyecto de constitución para la República de Bolivia, el gran poeta del Guayas desempeñaba cargo diplomático ante el gobierno de S. M. el rey de Inglaterra. Fue en Londres donde el autor de la epopeya a Junín recibió, apenas instalado a orillas del Támesis, las dos cartas que Bolívar le escribió desde el Cuzco, el 27 de junio y el 12 del mes siguiente. Las esperaba con ansia que se justifica, ya que la tarea de la musa épica demandó muchas agobiadoras vigilias, y una grande esperanza de satisfacer el humano orgullo del Héroe. Sin embargo, qué tremenda desilusión debió padecer el hiperbólico bardo cuando, a cambio de elogios inflamados que pendían de la lanza del guerrero, el burdo regatón de la misma estrujaba su corazón, echándole en cara error de información sobre lo que había sido la carga de Junín. Y atribuyéndole muchos versos "prosaicos y vulgares", parodia de Homero, imitación de Boileau, precipitación en la trama, renglones oratorios, "cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes".

La ausencia de cartas de Olmedo para Bolívar en el amplio lapso de agosto de 1825 a junio de 1826, no obstante la seriedad y proyecciones de su misión diplomática ante la primera potencia de Europa, da a entender que había en el poeta un justo resentimiento que no se curaría con nada. La inteligencia de Bolívar tuvo que darse precisa cuenta de que su impulsiva franqueza le había traicionado, aliada quizás a la natural vanidad de quien ha conseguido buen grado de cultura humanística. Es probable

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

que se arrepintiera de tamaña imprudencia, que si le abonaba como lector de clásicos antiguos y literatos modernos, le exhibía mal con la simple cortesía que se debe a quien agasaja con demostraciones de tan sincera espiritualidad, como la oda que se comenta. Había, pues, que rociar con agua lustral el cuerpo de la víctima para que el sacrificio de la amistad no multiplicara sus consecuencias funestas.

Echando mano del *similia similibus curantur*, y calculando que así como para Olmedo la famosísima oda era el canto sublime y consagratorio, y para Bolívar el proyecto de constitución era su do de pecho político, resolvió éste enviárselo a Londres en consulta con mil alabanzas previas de la altísima capacidad del destinatario para opinar en materia de tanta sustancia. De lo que contestara el águila herida dependería la suerte de aquel anterior afecto recíproco. Mas para ello era necesario tender el puente ideal que dejara ver el abismo de una injusticia, o cuando menos de una fatal imprudencia. Para el objeto nada mejor que hablar de la implacable crítica literaria del año anterior. Entre buenos entendedores las palabras han de ser pocas, pero expresivas. He aquí el sutilísimo anzuelo que se le arrojaba por encima del océano:

"Mi querido amigo:

"Véame usted dictando la Ley Fundamental para un Estado que acaba de nacer. Esta empresa ¿no le parece a usted más árdua que la de libertarlo? El camino que conduce a la gloria militar está erizado, es verdad, de picas que pueden dar la muerte; pero el que guía al de la sabiduría está cubierto de las más densas tinieblas, donde es preciso a fuerza de años y estudios, leer en la oscuridad y recoger lo que hay de cierto y de útil. Se necesita una exclusiva dedicación. Yo he dado pocos pasos en esta pacífica senda. La guerra, la destrucción de los enemigos, la libertad de mi patria, han absorbido toda mi atención. Pero este mismo amor por los americanos me ha lanzado en esta nueva carrera, y ha disipado en parte el temor de exponerme a la crítica de los que se han encanecido en el estudio de la ciencia de gobernar a los hombres. Puede ser que mi ejemplo estimule a otros americanos a imitar mi arrojo, y al fin tendremos todo propio; sin mendigar modelos.

"Tenga usted la bondad de leer el proyecto y la alocución, y de decirme, con toda franqueza, cuantos defectos encuentre. Acuérdese usted que yo tuve la de indicarle defectos que no tenía su bello poema. Qué más podría yo desear, que haber cometido en mi bosquejo de constitución, los que yo atribuía a usted.

"Deseo mucho que usted se interese en que sea traducida al francés y al inglés, después que usted haya pulido este miserable trabajo. Podría también hacerse insertar en los diarios de esa capital y en los de Francia. Pero lo que más me interesa es la corrección de usted".

No hay noticia posterior de haberse tocado el tema de la oda constitucional, y menos aún del canto a Junín. Es igualmente hipotética mi opinión de que Bolívar siguió viviendo bajo la convicción de haber sido ingrato con Olmedo. Hay una carta de 1829, dirigida a la esposa del poeta, doña Rosa Icaza de Olmedo, en que le declara su infinita gratitud por el

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

obsequio de "la linda prenda que su adorado Olmedo le ha presentado". Quizá fuera una miniatura al óleo. Y con palabras mal copiadas, o enigmáticamente elegidas, reconoce que la dicha prenda pasa a poder de "otro de alguna especie de ingratitud". Hay en ello un logogrifo, que por ser tal, escapa a la captación de quien no cuenta con otras fuentes informativas.

Dije que la natural vanidad del Libertador, que no es parte de un proceso delirante, debió mezclarse en su conducta para con el artista excelso que a tanta altura le elevaba sobre las alas destellantes de sus estrofas. Se registran en la vida del Héroe otros trances de significado semejante. Al menos cuanto al deseo de hacer sentir el peso de su erudición.

Cuando apareció el libro del viajero francés Gaspar Mollien, intitulado "Viaje por la República de Colombia en 1823", y se enteró Bolívar de las opiniones expresadas allí acerca de los hombres importantes, se demoró en manifestar al vicepresidente Santander su inconformidad con lo que el autor de la obra, "godo servil y embustero", apuntaba acerca de él. Y como las comparaciones suelen ser odiosas, se contrarió porque en el mismo capítulo donde le reconocía al vicepresidente Santander "talentos rarísimos de encontrarse", declaraba que el presidente había tenido una educación descuidada; pero que gracias a su poderosa capacidad, se había señalado a la admiración del mundo. Sin dejarse llevar del demonio de la cólera, se contentó Bolívar con hacer un balance de lo que había significado su formación intelectual y moral en su niñez y juventud, comenzando por las lecciones de primeras letras y gramática a cargo de Simón Rodríguez, de literatura, artes y geografía al cuidado de don Andrés Bello; de matemáticas, el padre Andújar, elogiado éste por el sabio Humboldt.

"Después me mandaron a Europa —prosigue— a continuar mis matemáticas en la Academia de San Fernando; y aprendía los idiomas extranjeros con maestros selectos de Madrid; todo bajo la dirección del sabio marquez de Uztaris, en cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación. Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede que Monsieur de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, Dalambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot, y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas. Y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses. Todo esto lo digo muy confidencialmente a usted para que no crea que su pobre presidente ha recibido tan mala educación como dice M. de Mollien. Aunque, por otra parte, yo no sé nada, no he dejado, sin embargo, de ser educado como un niño de distinción puede serlo en América bajo el poder español".

En verdad, la aplicación de Bolívar tuvo pocos pares en la historia de América. No profundizó. No ideó argumentos nuevos ni combatió sistemas filosóficos. No tuvo el ahinco de deslumbrar a sus conciudadanos, como en otra parte de este ensayo se comprobará a propósito de su amor a la filosofía de moda en la época en que vivió.

Es curioso que para contradecir la opinión del viajero francés de ser difuso en su discurso, Bolívar se inquietó aceptando que, podría no ser

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

correcto, pero rechazando el otro defecto atribuído. Con tres razones poderosas explicaba la causa de su incorrección en el decir o en el escribir: precipitación, descuido e impaciencia: "Yo multiplico mis ideas en muy pocas palabras, aunque sin orden ni concierto".

Obsérvese cómo el grande hombre que quiere poner a salvo su grandeza, no escatima el propio e íntimo parecer sobre sus fallas. No ocurriría otro tanto con la pobre víctima de una psicosis sistemátizada, que presumiese que todo lo suyo rodaba muellemente sobre un plano inclinado de causas y consecuencias lógicas e inevitables.

Ya que he llegado a este punto del análisis, creo necesario explicar en términos generales, cómo entendía Bolívar la especulación filosófica. No hay documento alguno donde se le sorprenda puliendo, ordenando o comparando ideas trascendentales, ubicando en el espacio los puntos inextensos, analizando los juicios sintéticos **a priori** de Kant, o poniendo a comer en el mismo plato a Leibniz y Descartes. Nada de ello. Contentábase con los consejos o con las paradojas de Juan Jacobo, y con las máximas de sus seguidores, tratando de corroborar cada caso práctico o concreto con el dicho de cualquiera de esos sabios de los siglos XVII y XVIII. De las Vidas Paralelas de Plutarco extrae advertencias morales para su régimen íntimo; o para hacer marchar por buen atajo a los que colaboran con él en la organización de la república.

Temperamento lírico, tiene que podar la fronda de su fantasía vagorosa con la herramienta de los pensadores más conocidos y mejor aceptados en los cenáculos ilustrados de su tiempo. Lo que un poeta incorpora en el ambiente patético de una elegía, el Libertador lo realizaba también sobre la trama de una prosa fúlgida o sombría, según las circunstancias. Siempre intencionado, coherente, agudo, compacto. Solo se le encuentra divagador y deshilvanado, aunque pulquérrimo en las frases, en aquella carta escrita en Pativilca el 19 de enero de 1824, dirigida al extraño y locatón don Simón Carreño, quien por empeño de su magín desbisagrado, se mudó el apellido legítimo por el de Rodríguez, que le venía en segundo lugar. Quien conozca con detalle la vida aventurera y sin brújula de don Simón, no dejará de sentirse atónito frente al ditirambo con que Bolívar saludó el regreso de su viejo maestro, después de las muchas loquerías que se le vieron hacer en el mundo antiguo. Tan poca profundidad marcaba la información clásica del Libertador, que, sobre las limitadas proporciones que de si podía dar don Simón Rodríguez, llegó a apellidarle "filósofo consumado y un patriota sin igual, es el Sócrates de Caracas".

La buena filosofía no permite tanta generosidad. Hasta para explicar los frecuentes quebrantos del héroe a que le exponía su propia sensibilidad serviría aquella. Así lo dio a entender en carta para el marqués del Toro, dictada en Chancay en noviembre de 1824. En forma algo confusa tal como lo juzgó Mollien, decía allí que su abatimiento procedía de su filosofía. A lo que parece inspirado en el pesimismo histórico-político de Volney y Rousseau, a cuya lectura Bolívar era adicto. Sin embargo, es apenas explicable que le dijera a su íntimo amigo el aristocrático señor del Toro: "Entienda usted, mi querido marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía; y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.